

# LOS FILMS DEL FAR-WEST



UNA NOVELA COMPLETA EN CADA CUADERNO

N.º 1

## EL HURACÁN DE TEXAS



... caído en el suelo, tendido como un muerto, estaba Bill Tanna.

# EL HURACÁN DE TEXAS

(NOVELA - FILM - SELECCIONES CINÉF)

## I

**B**UEN pulso! ¡Mejor puntería! Sonó un disparo cuyo eco fué a perderse en las más lejanas soledades de la pradera. Acababa de disparar el pequeño Jim, con un revólver que abultaba casi tanto como él.

El blanco elegido era un perro que permanecía graciosamente en pie sobre las patas traseras, con un gorro de papel sobre su inteligente cabeza.

La bala le había atravesado el gorro de parte a parte.

El noble animal no se había movido siquiera.

— ¡Bravo, Jim! — ponderó Bill Jones, un joven de unos veinticuatro años, fuerte y arrogante como un atleta, vestido al uso de los *cow-boys*. — Dentro de poco tirarás tan bien como yo, amigo mío.

Entonces Jim lanzando al aire el revólver y recogiendo al vuelo con la consumada habilidad de un experto tirador repitió el disparo.

— ¡Bien, Jim! ¡No te hagas más *ventiladores* en el sombrero a nuestro amigo *Vivales*! ¿Ves? ¡Desa cambiar de postura! — añadió aludiendo a que el perro acababa de ponerse en cuatro patas, recobrando así su posición normal.

— ¡Llegaré a ser un buen tirador, Bill! — preguntó con inquietud el pequeño Jim, empuñándose sobre las puntas de los pies.

— ¿Cómo que si llegarás? Es que y lo eres — repuso alegremente Jones.

— Quisiera serlo tan bueno como usted. ¿Se acuerda, Bill, qué asombro produjo en la feria de San An-

tonio de Texas, situado ante las barracas del tiro al blanco, cuando ni uno solo de sus disparos dejaba de obtener premio?

— ¡Oh, vaya si me acuerdo! — ponderó Bill, sin poder contener un bostezo. — Allí acertando el blanco se abría una puertecilla y salía un camarero trayendo en una bandeja *bocks* de cerveza, bocadillos de jamón...

— ¡Qué hambre, Bill! — exclamó sin poder contenerse el pequeño Jim.

Y como al el perro se contagiara del apetito de sus amos, enteramente pareció que bostezase...

Bill y Jim habían agotado sus escasas provisiones de boca. Para colmo de desdichas el caballo de Bill había muerto a consecuencia de una flecha envenenada que le dispararan unos indios que los perseguieron encarnizadamente.

Bill había dejado Texas con intención de colocarse en algún rancho del Colorado. Se había ofrecido en varias haciendas, mas el hecho de que no quisiera desprenderse del huérfano Jim, prolijado por él, y de su perro *Vivales*, dificultaba la colocación de Bill.

Bill pensó que lo primero que necesitaba era adquirir otro caballo...

Conservaba a la cintura el lazo y él sabía manejarlo con la misma destreza que el mejor vaquero del Oeste.

De improviso percibieron rumor de cascos y vieron levantarse una nube de polvo allá por el horizonte.

Atenta la mirada, descubrieron con alegría que se trataba de una manada de yeguas y potros de los que corren todavía con entera libertad como en las más remotas

tiempos del mundo por los destierros americanos.

Bill Jones preparó al punto el lazo. Un momento después silbaba la cuerda de cañamo por el aire. Luego el joven con la destreza de un auténtico desbravador de potros plantó las pías en el suelo y recogiendo la cuerda hizo que el animal apresado por el lazo quedase frente a él.

Pero ¿por qué Bill miraba con el mayor asombro a aquel brioso animal que parecía imponente?

Porque hasta entonces *cow-boy* a los potros salvajes de crines hirsutas no los había encontrado jamás con silla y hocado como le acontecía a aquel.

Además, no se trataba de un vulgar potranco, sino de un caballo de raza enteramente domado.

Poco Bill le miraba en la silla y sobre el cuero con bonitos clavos dorados leyo combinado un nombre de mujer: Emma.

¿Qué había sido de la anterior danza del potro? ¿La atacaron las fieras? ¿La habían apresado o muerto los malditos pieles rojas?

Bill puso en pie en el estribo y seguidamente el aran justo que era aquel mozo intrépido quedaba a caballo de su nueva montura.

Tras de él se acomodaron a la grupa del potro el pequeño Jim y su inseparable *Ficalex*.

Bill Jones se decidió a dejar al caballo que galopase a su albedrío.

Y esto lo hacía el *cow-boy* con la secreta intención de ver si lo llevaba adonde hubiese podido quedar aquella Emma, que sin saber por qué suponía joven y bonita.

Habían recorrido unos cuantos kilómetros y llegaron a la cumbre de un altísimo, desde el que se descubría cierta hondonada.

Mas ¿qué ocurría allí abajo? Los vivaces ojos del caballista acababan de descubrir las rojas llamas de una hoguera que estaba siendo encendida en aquellos instantes.

La tal fogata la hacían unos in-

dios, de feroz aspecto, al pie de un árbol. ¿Y qué era lo que a su tronco había sujeto? Gran Dios, si era una mujer!...

Al propio tiempo comenzó el potro a relinchar de un modo harto lastimoso como si el inteligente animal pidiese favor para alguien que le fuese muy querido.

Bill tomó su resolución al punto. Corrió en vilo al pequeño Jim, al que depositó en el suelo, saltando a tierra inmediatamente después.

Aló las riendas del potro a un arbusto y seguido de Jim y de *Ficalex* echó a correr.

Los pieles rojas entretanto armaban feroz algarabía, bailando desenfrenadamente la danza del fuego.

Pero... pronto aquel salvaje regocijo había de cesar.

Dos balas silbaron a un tiempo, haciendo morder el polvo a dos de aquellas fieras humanas.

Siguieron a aquellas dos detonaciones otras y otras... que se multiplicaban por instantes.

Los indios, que pasaban de una docena se abalanzaron contra los *demonios blancos*, como ellos decían, que acababan de aparecer ante su vista. Bajo las balas mortíferas aquellos salvajes disparaban sus flechas.

Bill y el pequeño Jim, que a un tiempo mismo disparaban incansables sobre los indios, se habían acercado al árbol, donde a cuyo tronco permanecía fuertemente atada una hermosa joven.

El fuego de la hoguera había comenzado a quemar el cuero de sus bolas de montar.

*Ficalex*, el perro, entretanto, no permanecía ocioso. Había llegado junto al tronco del grueso árbol y con sus afilados colmillos se puso a desatar el nudo de la cuerda que amarraba a la preciosa muchacha.

Entretanto Bill y el pequeño Jim habían agotado las municiones de sus revólveres respectivos.

Antes que tuvieran tiempo de car-





*Sacándole al exterior, tras darle una palmada afectuosa...*

gar nuevamente sus armas los cuatro indios que aún permanecían en pie cayeron sobre ellos agrimiendo sus *tommahawks*.

La ruda pelea cuerpo a cuerpo surgió en seguida. Tres de aquellas fieras de color de bronce se precipitaron contra Bill Jones.

El caballista que esgrimía muy bien sus puños, comenzó a repartir golpes a diestro y siniestro.

El cuarto indio, un verdadero gigante, se había abalanzado contra el pequeño Jim, tratándolo con una de sus manos por el pescuezo. El chiquillo se vio perdido, un grito de angustia expiró en su garganta.

Pero... el indio atacante del pequeño Jim no había contado con la halspeda. Y ésta consistió en... los agudos colmillos de Vinales, quien saltó prodigiosamente sobre él, clavándole los dientes en el pescuezo.

El piel roja exhaló un grito que nada tenía de humano y hombre y perro rodaron por el suelo... La victoria acabó siendo del bravo lebré.

En aquel mismo instante la joven atada al árbol se desprendía de él. Vinales no había trabajado en vano por libertarla.

Aquella muchacha no conocía el miedo y recogiendo del suelo un *tommahawk* que uno de los indios abandonara al caer herido, lo esgrimía contra uno de los adversarios de Bill Jones, que al punto cayó para no levantarse más.

De un terrible puñetazo en una sien, Bill acababa de poner fuera de combate a uno de sus contrincantes... pues el otro, que aún quedaba en pie, rodó casi al mismo tiempo que éste con una hals en la cabeza, que le había alegado el pequeño Jim, quien aprovechó aque-

lla fregua para cargar de nuevo su revólver.

¡La dura y ruda batalla había concluido!

— ¡Me ha salvado usted de perecer con la más horrible de las muertes — exclamó plena de gratitud.

Pero... reparando más atentamente en Bill Jones, añadió con austo la hermosa joven:

— ¿Cómo? ¿Está usted herido?

— No es nada — repuso con una sonrisa Bill Jones que, en efecto, había recibido en el brazo izquierdo un golpe de *tomahawk*.

— ¡Oh, precisa curarse! — tornó a decir la bellísima criatura — Después de lo que ha hecho por mí no puede negarse a venir a la hacienda de mi padre, donde lo atenderemos debidamente.

— Mientras, para contener la hemorragia, voy a ponerle un vendaje provisional.

Y desasudando de su morbida garganta un precioso pañuelo de seda, lo aló fuertemente sobre el brazo herido de Bill Jones.

El joven bajo el contacto de aquellas manos de seda se estremeció deliciosamente olvidando por completo, ¡oh, poder de la ilusión! hasta el dolor de su herida.

— ¿Se llama usted Emma?

— ¿Cómo lo sabe? — le replicó sorprendida la muchacha.

— Me lo ha dicho... su caballo — repuso sonriendo Bill Jones.

— ¿Ha hallado usted a *Lucero*?

Como si el propio potro debiera responder por Bill, apareció el noble animal conducido por... *Véase* al que su amo le había enseñado por pura distracción a desatar el rendaje de su montura.

Ahora eran cuatro. Necesitaban dos caballos por lo menos.

Pero... esta necesidad vino a resolverla el hecho de que los indios que allí yacían muertos o heridos hubiesen traído consigo algunos caballos de los que se apresuraron a apoderarse Bill y el pequeño Jim.

Ya iba a encaramarse Bill a uno de los caballos de los indios, cuando Emma le detuvo con un gesto.

— De ningún modo — le dijo sonriendo —. A un *cow-boy* no se le puede hacer mejor regalo que un potro de pura sangre. Pues bien, yo le doy a *Lucero*, en recuerdo de lo que por mí ha hecho en este día.

— ¡Oh, señorita! — quiso protestar Bill Jones.

— ¡Nada, nada! Lo dicho...

Y para demostrarle que así debía ser, Emma saltó a uno de los caballos de los indios, ejemplo que copió el pequeño Jim, a cuya grupa acomodóse en el acto *Véase*.

Seguidamente comenzaron a galopar. La hermosa Emma servía de guía.

Al cabo de unos cuantos kilómetros de cabalgada, Bill y Jim acertaron a divisar una hermosa hacienda.

— Esta es la casa de mi padre — dijo Emma — y donde espero a que se queden ustedes. ¿No me ha dicho, Bill, cuál es el motivo de su presencia en este rincón del mundo? Mi padre le dará empleo en esta finca y podrá quedarse en ella sin que le sea menester separarse de Jim y de *Véase*.

Bill Jones agradeció aquel ofrecimiento y penetró en una casa llena de comodidades que parecía mentira pudieran hallarse en aquella apartada región.

Dos criados negros salieron a recibir a Emma, a la que saludaron con todo acatamiento.

— ¿No ha regresado todavía mi padre? — preguntó la joven a sus criados.

— Todavía no, señorita — fué la respuesta que obtuvo.

Seguidamente se ocupó de curar por sí misma la herida superficial, afortunadamente, que padecía Bill Jones. Después hizo sentarse a la mesa al mozo y a Jim, que hincaron el diente como no es para descrito en las apocólipas viandas que

les fueron servidas por uno de los criados de la granja.

Luego, apreciando el cansancio de sus huéspedes y el que Bill Jones se hallaba herido, aunque no de consideración, los condujo al limpio aposento que les destinaba.

Emma dióles las buenas noches, cerró la puerta y tras de ésta se tendió *Vivál* a dormir, con un *ojo abierto*, según su vigilante costumbre.

El pequeño Jim, apenas entre sábanas y sobre un colchón que enteramente parecía de pluma, se quedó tan profundamente dormido que no habría podido despertarle ni el estruendo de un cañonazo.

Por el contrario, Bill Jones no sentía sueño alguno. Permanecía con los ojos bien abiertos y en esa actitud de desvelo que corresponde a los enamorados, porque... digámoslo, el encuentro con Emma parecía tener serias consecuencias para su corazón.

¡Qué hermosa era! ¡Y parecía la bondad misma! Con estos pensamientos recreaba la mente Bill Jones cuando un ruido de fuertes pasos en la habitación contigua llegó hasta él.

Oyó acercar sillas seguramente ante una mesa y percibió también varias voces de hombre.

¿Quiénes eran los que se reunían tan a deshora en la finca de John Dawson, padre de Emma?

—Os he citado—comenzó diciendo la recia voz del dueño de la casa—porque hoy es, por fin, cuando el *Banco Morgan*, de la ciudad, envía a Nueva York un depósito de un millón de dólares, oro, en lingotes. Esta fortuna irá guardada en una caja blindada y en un solo vagón custodiado por detectives que vigilarán ese tesoro, rifle en mano. Creo que irán más de veinticinco policías en ese tren...

—¿Y... qué os parecerá si os digo que el vagón donde ha de viajar la caja blindada del oro llevará un artefacto infernal, una bomba de gran

potencia, oculta bajo el suelo del coche?—añadió mister Dawson, padre de Emma.

«La explosión de esa bomba, que colocó uno de los nuestros en la estación, se producirá exactamente a las doce de esta noche. Así lo determinará un aparato de relojería adaptado al explosivo.

«A esa hora pasará el expreso exactamente a nueve kilómetros de aquí.

«El vagón volará con su carga de detectives. Aprovechándonos del pánico de los supervivientes del convoy, no tendremos nosotros más que hallarnos situados en las inmediaciones de la vía ferrea para recoger todo ese oro.

«¿Qué os parece? ¿Verdad que resulta excelente cosa poder apoderarse con tal facilidad de un millón de dólares?

Un ¡bravo! unánime brotó de las gargantas de aquellos bandidos mandados por otro bandolero más, por mister Dawson, a quien todo el mundo creía un honorable y riquísimo terrateniente.

Momentos después los hombres aquellos franqueaban la salida de la hacienda y partían a galope tendido.

Apenas los hubo oído salir, Bill Jones, que no había perdido palabra de cuanto hablaban, pues el tabique siendo sumamente delgado le permitió escucharlo todo, se arrojó fuera de la cama, vistióse apresuradamente y con sigilosas pasos deslizábase momentos después fuera de la habitación.

Llegó hasta la caballeriza. Allí estaba *Lucero*, el potro. Con éste, su revólver y las municiones que no se había descuidado de recoger, ya tenía bastante Bill Jones para lanzarse a la temeraria aventura de intentar impedir la voladura del expreso del Pacífico.

## II

Nadie le estorbó la salida de la finca. Indudablemente los criados



dormían y los perros que la guardaban, que harto conocían al caballo que montaba Bill, debieron confundirle con alguno de los bandidos que frecuentaban la hacienda.

Espoleando al potro vigorosamente, Bill le hizo emprender el galope tendido.

Los minutos estaban sumamente contados. Era harto insignificante la cantidad de tiempo que faltaba para que el expreso pasara por aquella zona y se produjese la explosión.

¡Y sin embargo él debía tratar de evitar a todo trance que esta criminal hazaña que había de costar muchas vidas humanas se consumase!

Galopaba lleno de afán mientras el potro se cubría de sudor.

Cuando sus ojos, entre las tinieblas de la noche oscura, llegaron a divisar los carriles del tren, un suspiro de satisfacción se escapó de su pecho.

¿Por dónde se hallarían los bandideros capitaneados por Dawson?

A intento, Bill Jones se desviaba remontando la vía adelantándose al sitio donde suponía que los facinerosos deberían apostarse para apoderarse del botín del tren volado.

Pasó la mirada en la esfera del reloj que llevaba sujeto a la montura y vió con desaliento que sólo faltaban cinco minutos para que expirase el plazo fatal de las doce.

En aquel mismo momento escuchó un penetrante silbido. ¡Era, por fin, el expreso de Texas! El ferrocarril por aquellas lomas desiertas avanzaba siempre a una velocidad quimérica.

Al otro lado de la vía murmuraba caudaloso el río Colorado. Sólo por un costado del tren podía alcanzarlo, si es que tal lograba, el caballista.

Bill Jones saltó al encuentro del convoy. El expreso se deslizaba con la velocidad del rayo. El caballista hundió despiadadamente las espuelas en los flancos de su montura.

Lucero, el potro, dió un salto prodigioso emprendiendo después un galope desesperado. Bill continuaba hostigándole... Llegó un momento en que jinete y caballo habían alcanzado al tren, galopaban junto a sus férreas unidades.

De improviso Bill Jones tras soltar los pies de los estribos se lanzó a dar un salto prodigioso.

Bill Jones, en el aire, con las manos extendidas, consiguió agarrarse a la abierta ventanilla de un vagón. ¡No deseaba otra cosa! Al instante sus pies ganaban el estribo. ¡Estaba salvado! Entonces tornó a posar la vista en el reloj y con desesperación pudo comprobar que sólo faltaban tres minutos para las doce.

¿Qué vagón era aquél? No el del tesoro, desde luego. Entró como una tromba y advirtiendo el timbre de alarma, usó de él; cruzó el vagón y al salir al contiguo respiró satisfecho. Un hombre armado con un rifle que vigilaba el pasillo de comunicación, le dió a entender que era allí donde se guardaba el oro codiciado por los bandidos.

Verte aquel individuo y echarse el rifle a la cara, todo fué uno.

—¡Manos arriba!—le ordenó.

—¡Manos arriba, sí!—repuso el joven obedeciendo—. Mas, dígame y proceda en consecuencia. Son las doce menos dos minutos. A las doce en punto debe estallar un artefacto infernal que se halla colocado debajo de ese vagón.

El policía se le quedó mirando. ¿Decía verdad aquel hombre, o se trataba de un demente?

Entretanto la llamada de alarma de Bill Jones había surtido efecto. Inmediatamente el tren comenzó a perder velocidad, hasta llegar a detenerse por completo.

—Comprehadlo en el acto ya que ha parado el tren—le instó Bill.

Otro policía, un jefe de detectives que acababa de comparecer, removi6 que se hiciera la comprehensión.

Mas... ¿quién podía hacerla?



*Se abalanza como loca hacia él, yendo en el acto...*

## EL HURA- CÁN DE TEXAS

Interpretación  
del famoso  
caballista

**Tom  
Tyler**

el pequeño y  
salado actor

"CHISPITA"

y el perro

"VIVALES"



*Quedarán frente a frente y en aquel mismo momento...*

—Yo mismo—resolvió Bill Jones y un instante después el intrépido mozo introduciase debajo del vagón prorrumpiendo en seguida en una exclamación jubilosa. ¡La bomba estaba en sus manos! Dentro palpitaba el mecanismo de relojería que debía detonar la explosión a la hora elegida por los bandidos.

De un salto salió al exterior. A seguido por su propia mano zambullía en las aguas del río Colorado el terrible y pesado explosivo.

Apenas había puesto el pie en el estribo cuando una espantosa detonación se produjo. Era la bomba que había explotado bajo las aguas, levantando un volcán de espuma.

El jefe de la expedición policiaca aguardaba a Bill Jones.

—Ha ganado usted la bonita sa-



*—Esta es la casa de mi padre...*



*—¡Bugal!—le replicó Jim.*



*Bill aceptó con un cumplimiento...*

ma de veinte mil dólares, una pequeña fortuna, sencillamente — le dijo — por este eminente servicio

que acaba de prestarnos, dándonos una prueba de su arrojo.

Bill Jones, el pobre mozo que no

dría aspirar a ser el esposo de Emma. ¡Oh, qué bien!

—Pues, sí... acepto... acepto agradecido — exclamó todo emocionado.

—Sólo debo advertirle que para poderle yo hacer efectiva esa recompensa es preciso que usted nos informe acerca de cómo descubrió usted ese complot y quiénes son los autores del mismo. Tan pronto podamos apresarlos por sus indicaciones, le haré a usted, joven, la Central de Policía de Texas, efectivos los veinte mil dólares.

Aquellas palabras produjeron en Bill poca impresión que si le hubiesen amasado un puñetazo en la nuca.

poseía más riqueza que su valor, quedó embobado.

Poseyendo veinte mil dólares po-



¡Adiós su dinero! Para ganarlo le era menester delatar al padre de Emma y... ¿cómo iba a entregar a los detectives al padre de la mujer amada con todo su corazón?

—Si es a ese precio, desde ahora digo que no llegaré jamás a cobrar ese dinero.

—¿Por qué? — repuso todo sorprendido el jefe de detectives.

—Porque no sé una sola palabra de lo que le interesa saber.

Y saludando levemente saltó del vagón perdiéndose acto seguido por entre los matorrales.

El jefe policíaco quedó admirado ante una conducta tan extraña. Vaciló entonces entre hacer detener a aquel joven para averiguar si era un bandido que se espantara de la fechoría tramada por sus compañeros...

Pero desistió diciéndose:

—Después de todo, me ha salvado la vida y me ha pagado negramente un favor semejante.

### III

A poca distancia de donde se detuviera el expreso tuvo Bill Jones la suerte de hallar a su potrero, el hermoso caballo que le regalará Emma, pastando tranquilamente.

Bill saltó apresuradamente sobre su montura y emprendió el camino de regreso hacia la hacienda.

El joven llevaba la alegría en el alma de haber hecho un gran bien y la tranquilidad por otra parte de que los bandidos, ajenos a que hubiese podido escuchar su conversación, para nada llegarían a sospechar de él.

Llegó hasta la casa y deslizóse sigilosamente tras de la cerca, llevando el caballo a la cuadra y reintegrándose con silenciosos pasos a su habitación.

Al siguiente día la granja entera parecía vibrar bajo el furor reconcentrado de mister Dawson, a quien el fracaso del golpe del ex-

preso que le había costado no rapinar un millón de dólares, lo tenía de un humor endiabladísimo.

Como todas las mañanas su hija acudía a darle los buenos días. El disimulado bandido que era mister Dawson solo tenía corazón para una cosa en este mundo: su hija.

Desarrugó el ceño al sentirse abrazado por la joven, quien mimosamente le dijo:

—Ayer los indios habrían acabado conmigo, de no hallarse de por medio un joven en extremo valiente, que se llama Bill Jones. Está necesitado de trabajo y quiero que lo protejas. Le traje conmigo y lo lo voy a presentar.

Y, en efecto, un momento después Dawson y Jones se daban la mano.

—Ha salvado usted a mi hija, le debo por tanto gratitud y se la voy a demostrar dándole una plaza de *coc-boy* en mi hacienda.

Bill Jones aceptó con un cumplimiento aquella favorable acogida.

En el mismo instante penetraba en la estancia, Peters, el confidente del rico granjero.

Peters, que era sujeto de malísima catadura, fijó una mirada torva en Bill Jones.

Cuando los dos hombres quedaron a solas se encerraron en la habitación y Dawson dio otra vez suelta a su furor contenido.

—¿Solo quisiera saber quién fue el miserable que nos estropeó el magnífico golpe de anoche!

—Se lo voy a decir en el acto— repuso Peters sonriendo aviesamente—. Fue... el sujeto que acaba usted de admitir a su servicio.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Interrogue a Johnson, el criado negro. Él le vió abandonar la finca cautelosamente. Yo, por mi parte vi salir a un hombre desde su caballo a un vagón. Ese individuo es un policía disfrazado de *coc-boy* y... por fuerza debió espiar nuestra conversación.

—Sospecho lo mismo que tú — contestó Dawson—. Ahora ya sé lo

que ha acaecido. Mi hija instaló a Bill en la habitación de los forasteros, que está tabique por medio de mi despacho. Como yo ignoraba su presencia me expresé ante vosotros con entera libertad y el muy granuja se aprovechó de ello.

«A lo mejor, si es un detective, él mismo hizo que los indios prendieran a mi hija para después representar ante ella la comedia de su salvación y tener así pretexto para introducirse en esta casa.

—Esa ha de ser la verdad pura, jefe.

—Pues bien, Peters, yo te prometo que el tal Bill Jones, o como realmente se llame, pagará con su sucio pellejo el millón que nos ha hecho perder.

Por la noche los bandidos reunidos en torno de su jefe apuraron whisky tras whisky. Reina el desenfado y la alegría.

De pronto Dawson les dice:

—Muchachos, si nos ha fallado el golpe del expreso por culpa de no sabemos qué misteriosa contingencia, yo he discurrido un nuevo golpe, que ésta sí que no puede fracasar de ningún modo. Y hay muchos dólares a ganar...

—¿De qué se trata?—preguntaron con avidos aquellos ruines sujetos.

—De asaltar la Alquería de los Alamos, aprovechando la ausencia de sus dueños que han salido precipitadamente para la ciudad a causa de una desgracia de familia.

«La colección de joyas que los avaros Smith guardan en su casa, está tasada en muchísimo dinero. A su cuidado sólo se encuentran los porteros, dos viejos, a los que recordaremos el posuero para que no estorben... y para que no puedan decir más tarde quiénes fueron los asaltantes de la finca.

—¡Bravo! ¡Muy bien!—gritaron aquellos granujas.

—A las doce nos pondremos en

camino. Con dos horas de intenso zafopar tendremos bastante.

Y seguidamente explicó Dawson con toda minuciosidad y precisos detalles el lugar donde se hallaba enclavada la tal alquería.

Un hombre, tabique por medio, escuchaba de oído todo. Era Bill Jones.

—Si pudiese ganarme la delantera...—pensó—. Llegando antes que ellos podré evitar el asesinato de los ancianos y probablemente sacar a salvo las joyas.

Bill Jones oyó que los bandidos se entregaban de nuevo a libar alegremente y alejándose del tabique procedió a cefirse la canana y a poner las pistolas en el cinto.

Jim, que aún no se había dormido, miró con extrañeza y atención lo que hacía su protector.

—¿Adónde vas, Bill?

—¡Chist, Jim!... Volveré en seguida. Quede tranquilo, que Frank te hará compañía.

Y con toda cautela abrió la puerta saliendo al pasillo seguidamente. En la casa sólo se percibía el ruido infernal que armaban los bandidos, cada vez más alegres.

Gracias a esta algarazía pudo deslizarse Bill sin ser advertido hasta la caballeriza.

Un momento después desataba al animal de su pesebrera. Sacándole al exterior, tras darle una palmada afectuosa al caballista procedió a instalarse sobre la silla pizcando espuelas seguidamente.

Bill Jones al alejarse de la casa de Dawson volvió la vista atrás y observó curioso que absolutamente nadie iba en su seguimiento.

El trayecto a recorrer era una vasta extensión árida, pedregosa, cruzar después el río Colorado y, a unos seis kilómetros de éste, sobre un altozano, hallábase la Alquería de los Alamos.

El aspecto de la tal finca cuando Bill hubo encarrado con ella su promella, ciertamente, que entre sus desconchados y renegridos mu-

ros se guardasen millones ni cosa que lo valiese.

Maa... cómo oyó decir al padre de Emma, que el matrimonio Smith era gente tan rica como avara, he aquí por qué Bill Jones, no hizo dar a Lucero la vuelta en redondo.

El caballista se ha detenido ante la rústica puerta de la empalizada que cerca la finca.

mo, se inclina, has venido a meterle en la boca del lobo.

#### IV

Al pequeño Jim hubo de extrañarle sobremanera la nocturna salida de Bill Jones.

Antes confusamente oyó Jim a



*Bill Jones, animado por el tremendo caraje...*

Golpea aquellos tabloncillos, pues no hay tan siquiera una mala campañilla y en vista de que nadie le responde encabrita su caballo y le hace saltar el seto de espino que hace las veces de tapia.

Ahora se detiene ante la puerta de dos hojas de la vivienda...

Pero... en este momento un lazo silba en el aire y se oye exclamar gozoso a Petera:

—¡Ya le tengo! granuja! Tô mis-

sus vecinos de habitación hablar del asalto de una finca... ¿No habra el oído bien? habría querido su mala suerte que fuesen a parar a un antro de bandidos? Pero... no, no podía ser. En aquella casa estaba la señorita Emma que era un ángel enteramente.

Vivales lamia una mano de Jim, como preguntándole qué debía hacer. El pequeño cabanista le hizo un expresivo gesto de silencio. Sus



vecinos de habitación tornaban a hablar.

—¿Habéis oído? — dijo uno de ellos—. El tal Bill Jones se ha puesto escotutamente en camino hacia la Alquería de los Alamos... Se ha tragado como si fuese el Evangelio la patraña que hemos contado... Si supiese lo que le espera en esa hacienda desahuyada.

—¡Christ! — hizo furioso Dawson. ¡Y si el chikusio que trajo Bill os escuchase?

—El mocoso dormirá como un lirón.

—Vamos a verlo.

Y el jefe y sus satélites abandonaron por un momento el despacho asomándose al aposento de al lado.

Jim no solamente dormía sino que ronchaba como un desovido. *Fuertes*, por su parte, le imitaba, todo lo bien que un perro puede imitar el ronquido humano.

—A la edad de este chiquillo se tiene el sueño muy pesado—observó uno de los bandidos, al tiempo que todos volvían la espalda al durmiente.

—Y aunque quisiera intentar algo en favor de Bill, ¿queréis decirme qué es lo que podría hacer por él este chikusio, hallándose el otro entre las zarzas de Peters, nada menos?

Apenas les sintió alejarse, Jim, lleno de resolución se tiró de la cama visténdose apresuradamente y colgándose de la cintura canana y revólver.

Ya sabía el camino que le tocaba seguir: el de la Alquería de los Alamos. *Fuertes*, situado tras de él, aguardaba igualmente el momento de partir.

—¡Maa... en dónde se encontraba la tal Alquería de los Alamos? He aquí una cosa de que no tenía la menor noticia el pequeño Jim.

Correr a la ventura por aquellos confornos suprema llegar tardíamente a serle útil a Bill Jones.

—¿Y... a quién preguntárselo? De

pronto la idea de acudir a la señorita Emma cruzó por su mente.

Y sabiendo al pasillo y andando de puntillas así llegó hasta el otro extremo de aquella galería donde se hallaban las habitaciones de la señorita Emma.

Llamó por dos veces con los nudillos.

—¿Quién es?—preguntó al fin una dulce voz soñolienta.

—Jim. Ahra, señorita, por Dios, en seguida.

La hermosa muchacha se colocó una bata sobre el pijama de noche facilitando acto continuo el acceso a su dormitorio al pequeño Jim.

Este se apresuró a preguntarla a ella, tan buena conocedora de la comarca que recorría frecuentemente a caballo, el lugar donde se encontraba situada la Alquería de los Alamos.

Una vez que se lo hubo explicado Emma, el pequeño Jim le dio las gracias y las buenas noches.

—¿Cómo? ¿Te vas?—le replicó sorprendida la bella muchacha—. Supongo que no me habrás despertado a deshora para hacerme esa pregunta, sin una razón poderosa.

—Es que... verá usted...—balbuceó Jim—. Parece ser que unos bandidos han citado en esa alquería a Bill... con siniestras intenciones... Yo debo acudir a salvarlo.

—¿Pero... qué bandidos pueden ser esos?—le replicó con alarma y sorpresa Emma.

Mas en vez de darle respuesta alguna, el pequeño Jim echó a correr. ¡A buena hora explicaba a la señorita Emma, que los tales bandidos eran: su padre y sus amigos!

—¡Jim! ¡Jim!

Pero... Jim ya no la oía. Silenciosamente, siempre seguido de *Fuertes* se deslizó por el corredor al patio. Entró en la caballeriza y ensilló rápidamente el caballo que él tomara a los pieles rojas.

Un segundo después llevándolo a *Fuertes* a la grupa el muchacho

cruzaba como una exhalación aquellos campos de pura soledad bajo la noche sombría.

Emma no tuvo que reflexionar.

Se puso apresuradamente a vestirse su traje de amazona. Tan pronto se hallase vestida iría en busca de su padre para decirle que era preciso que ayudase a Bill contra los malvados que se proponían apoderarse. Precisamente, casi todas las noches acudían bastantes amigos de los ranchos cercanos a pasar la velada con el Padre reunidos, pues, una más que regular expedición para favorecer a Bill.

Más cuando aún no había concluido su tocado oyó ruidos de cascoteo de caballo. Abrió apresuradamente la ventana sólo a tiempo de ver como su padre y sus amigos se alejaban de la finca.

Lo llamó a voces, pero... a causa de que todos los bandidos reían y bromaban en voz alta. Dawson no llegó a oír la voz de Emma.

—¿No el pequeño Jim le habrá dicho...? — pensó esperanzada.

Miró a ver si lo distinguía entre los que marchaban y como no le vió se dirigió hacia la habitación que ocupaba el chiquillo. Tampoco estaba allí. ¡Había partido! ¿Rodeó a su padre de lo que sucedía? ¿No le dijo nada? En la duda, Emma se dirigió al teléfono para comunicar con la casa del sheriff.

Cuando éste se puso al aparato le informó como unos bandidos habían tendido a Bill Jones una emboscada en la Alquería de los Alamos; el sheriff prometió acudir en seguida en auxilio del amenazado.

No queriendo, por su parte, permanecer inactiva, Emma también requirió otro potrero con el que había sustituido a Lucero para trasladarse cuanto antes adonde la vida de Bill corría peligro.

Cuando el pequeño Jim se adelantó como una flecha en la Alquería de los Alamos, apenas hubo saltado del caballo, *Pedro* lo llevó hasta un extremo del descuidado jardín

de la hacienda. Allí, caído en el suelo, tendido como un muerto, estaba Bill Jones.

La aflicción que se apoderó de Jim no es po a referida al hallarlo en semejante estado.

En aquel momento asomó Peters la cabeza por entre unos arbustos.

—Hola, hola, el pequeño latibon tu querido, estaré en tus brazos manes! ¡Muy bien! Así vamos al león... y a su cachorro.

El pequeño Jim, sin amilanarse lo más mínimo, requirió su revólver y disparó contra Peters.

Este hirió el cuerpo arrojándose al suelo. ¡Diablo de chiquillo! No aguardaba de su parte semejante comportamiento.

Jim fué a disparar de nuevo; pero... en aquel mismo instante una mano como una zarpa le agarró el brazo. Era otro bandido que con la bárbara presión de sus dedos le obligó a soltar el arma.

Más contra este sujeto la emprendió a dentelladas *Yvónes*, que le clavó los colmillos en la parte más carnosa de su persona.

Peters se apoderó del revólver de Jim y de un culatán llevó a *Fieles* que soltase su presa.

En tan crítico momento alguien saltaba la cerca de la empalizada.

Era una mujer a caballo de un bonito potrero, Emma.

Peters, que hacía tiempo acariciaba la idea de poder llegar a ser el marido de Emma, para en su día ser un rico propietario como ahora lo era Dawson, se apresuró a ayudar a descabalgalar a la joven.

—¿Qué significa esto? — preguntó cuando la encantadora muchacha.

—¿Por qué Dorothea sujeta a Jim? ¡Soltadle ahora mismo!

El bandido no se atrevió a desobedecer y soltó a Jim.

Entonces fué cuando Emma reparó en Bill Jones, yacente en el suelo, sin dar señales de vida. Se abalanzó como leona hacia él, yendo en el acto el pequeño Jim a arrodillarse junto a ella.

— ¡Bill! ¡Pobre Bill! ¿Qué te sucede?

Una mano ruda, de un tirón, vino a apartarla bruscamente del caído Era Peters.

— ¿Ama usted a Bill? le preguntó venidamente—. Tiempo perdido. Usted, Emma, ha de ser mi mujer, quiera o no.

— ¿Qué significa ese lenguaje?

— Significa... que si no accede usted a ser mi esposa, yo huiré del país, esto sí, pero... antes habré delatado a su padre...

— ¿A mi padre? ¿Por qué?

— ¡Mansa cordera!... ¿lo ignora aún? ¿Va a fingir que no sabe que es su padre el jefe de los bandidos que infectan esta comarca?

— ¡Gran Dios! ¿Será posible?

— ¡Y tan posible!—confirmó sarcástico Doroth, el bandido, uña y carne de Peters.

— Dawson, su padre, es el que ha condenado a muerte a Bill, por espía. Es nuestra justicia. Esta no ha de retrasarse, pues seguramente su padre y el resto de la cuadrilla deben estar al llegar... Conque renuncie a soñar con Bill, que esta misma noche ha de ser enterrado en un hoyo que ya cavó para él Doroth.

Y al decir así señalaba a una fosa excavada, en efecto poco antes por el siniestro bandido.

Emma estaba en una situación de ánimo como no es posible describir. (Su padre jefe de bandoleros)

— ¡Has de ser mía, Emma!—exclamó Peters, pretendiendo abrazarla.

— Déjeme usted. ¡Le aborrezco y le desprecio! ¡Me es usted repugnante!

— ¿En cambio te gusta el guapo Bill, al que vamos a colgar esta misma noche? ¡Déjate de gaxmoñerías y dame un beso, Emma!

Lo que recibió el bandido fue una bofetada, mientras Doroth sujetaba fuertemente al pequeño Jim, que quería intervenir a toda costa.

Peters, enardecido quiso vencer brutalmente la resistencia de la jo-

ven y... en aquel momento ocurrió que Bill Jones al que antes lo hicieron desvanecerse de un terrible golpe en la nuca, se levantó del suelo, apartando como un huracán a Peters del lado de Emma y emprendiéndola a terrible puñetazos con el bandido.

Bajo aquella avalancha de golpes Peters se tambaleó. Fue entonces cuando Doroth acudió en su ayuda... Pero Bill Jones, animado por el tremendo coraje que lo poseía podía con los dos...

En estos críticos instantes se oyó el ruido de la galopada de varios caballos.

Era Dawson que acudía con sus hombres a someter a juicio sumárisimo al supuesto espía.

El padre de Emma, ciego de cólera al ver lo que sucedía, se libró del caballo y revolver en mano avanzó decidido a disparar contra Bill Jones, cuando su hija se interpuso entre los dos, aun a riesgo de recibir una bala.

— Respeta tu vida—le gritó Emma—. Si antes me salvó la existencia ahora ha hecho respetar mi honor, que a toda costa atropellar quería ese cobarde.

Y así diciendo señalaba a Peters.

— ¿Qué dices, Emma?

— ¿Qué Peters me cogió en sus brazos, que a toda costa quería besarme, y me ha asegurado que si no accedo a ser su esposa, él te denunciará a las autoridades.

— ¿Has dicho tú eso, Peters?—le preguntó Dawson echando llamas por los ojos—. ¡Canalla! ¡Sí, es cierto! Lo estoy leyendo en tu mirada turbia! ¡Eres un traidor! ¿Y querías que se juzgase como tal a Bill Jones? Pues bien... ¡ahora serás tú quien lo reemplace!

— Si esta noche ha de morir aquí un hombre...—le replicó Peters—, lo serás tú, Dawson.

Y disparó su revólver a quemacropa contra el hacendado. ¿Pero... hizo blanco? ¡No! Un manotazo de Bill bastó para desviar la bala.



Quedaron frente a frente y en aquel mismo momento se percibió el rumor de un tropel de caballos que avanzaban hacia la alquería a galope tendido.

— ¡Dios mío! — dijo Emma a su padre, que con alarma escrutaba al exterior. — ¡Es el *sherif*!

— ¿Cómo lo sabes tú, Emma?

— Yo misma le avisé, ignorante de lo que hacía.

— El *sherif*! — exclamó Doroth. — ¡Sálvase quien pueda!

— ¡Largo, es cierto, padre mío, que eres un bandido! — le preguntó toda atribulada.

— ¡Sí! Pero... la hora de la expiación ha llegado, hija mía, porque todo llega en este mundo.

Entretanto se oyó un intenso tiro: los bandidos que, alocados emprendían la fuga se habían hallado frente a las fuerzas del *sherif*.

— ¡Haya usted... antes que sea demasiado tarde! — le recomendó Bill Jones.

— ¡Huya! — le suplicó Jim.

— No! — repuso toscamente Dawson. — Prefiero que en todas sus partes se cumpla mi destino.

— Haya y... regenérrese.

— ¡Sí, papá. Haz lo que Bill dice, antes de que sea demasiado tarde.

— ¿Se casará usted con mi hija?

— le preguntó con voz emocionada Dawson a Bill.

— Ese es mi mayor ilusión y se la prometo.

— Pues... que sea muy felices, queridos hijos. Toda mi hacienda es vuestra. Amos, dentro algún tiempo cuando rehecha mi vida por el trabajo benéfico sea otro hombre colérico a tener noticias mías.

Dawson tras estrechar con fuerza la mano de Bill y de dar un beso beso a su hija saltó sobre su caballo y huyó por la parte trasera de la finca, mientras que los otros bandidos continuaban tiroteándose con las fuerzas del *sherif*.

Cuando éste al frente de los suyos después de haber arrestado a unos bandidos y herido o muerto a otros, entre estos Peters, se adentró en la alquería encontró allí donde esperaba que todo fuese desolación una escena de amor tan sólo.

Bill estrechaba en sus brazos a Emma. Tan pasionalmente embelesados se hallaban que ni siquiera advirtieron la presencia del *sherif*, que los contemplaba sonriendo afectuosamente.

Poco tiempo después Bill Jones cumplió la promesa que le hiciera a Dawson. Emma y él se desposaban en la parroquia más próxima a la hacienda.

Y continuaron siendo sus compañeros inseparables el piqueteo Jim y el perro *Fuertes* nombrado *guarda mayor* de la finca.

## FIN

---

LA SIGUIENTE COVELA DE ESTA PRECIOSA COLECCION

### CONTRA VIENTO Y MAREA

SE PONDRA A LA VENTA LA SEMANA PROXIMA

---

LAS GRANDES OBRAS MODERNAS - Publicación periódica

Calle de Londres, 188 - BARCELONA

---

Talleres gráficos VECCHI. — Rocafort, 225. — Barcelona